

EL ORFEÓN RENTERIANO

HACE ya dieciocho años que se extinguió la vida de la entidad artística cuyo nombre encabeza este artículo, y el que lo escribe, el más modesto pero también entusiasta como todos los que lo integraron, recuerda con deleite, no exento de cierta melancolía, aquellos ratos felices de esparcimiento noble y culto que disfrutamos e hicimos disfrutar a nuestros convecinos.

Hoy, que por fortuna para Rentería ha surgido una nueva agrupación artístico-musical, que a juzgar por el entusiasmo con que nace promete dar días de gloria a la villa, me parece útil y conveniente relatar la historia de aquel reducido orfeón que durante ocho años trabajó sin descanso para elevar el nivel cultural de Rentería, y desearía que sirviera de ejemplo y estímulo a esos generosos jóvenes que desinteresadamente y robando ratos al descanso cultivan el divino arte de la música, manantial de sensaciones y perfeccionamientos para el alma humana.

Por el año 1898 reuníanse en el café de la Paz, propiedad entonces de D. Higinio Zabaleta, una Peña de amigos compuesta de Antonio Olanar, Manolo y Estanislamo Samperio, Leandro y Eusebio Uranga, y algunos más. De allí surgió la idea del Orfeón.

Cundió y se esparció rápidamente en el pueblo el pensamiento, y, a poco, se formó el flamante Orfeón que ya por aquellas fiestas cantó algunos coros en público, con gran éxito.

Comprendió el naciente Orfeón que había que hacer algo más que cantar algunos coros de vez en cuando y para ello solicitó del Ayuntamiento el permiso para dar veladas en el local de las Escuelas Públicas, situado entonces en el segundo piso de la Casa Consistorial, celebrando funciones teatrales alternando con coros y números de música.

El Orfeón se sostenía con el apoyo de socios protectores que contribuían con una pequeña cuota mensual al sostenimiento de la Sociedad.

En esta época se presentaron "Los Asistentes", "En las astas del toro", Música Clásica", "Los Puritanos", "Los dos ciegos", "Robo y envenenamiento" y escenas sueltas de "Gigantes y Cabezudos" además de escenas cómico-musicales de zarzuelas de actualidad, como el cuarteto de músicos de "La Marcha de Cádiz", el quinteto de "De vuelta del vivero" y hasta hubo un sexteto de guitarras y bandurrias, que con romanzas de conciertos y coros por el Orfeón, hacían muy amenas aquellas veladas.

Ensayábase una noche el quinteto de la zarzuela "De vuelta del vivero". Los orfeonistas que no tomaban parte en el ensayo lo presenciaban como espectadores. Entre ellos estaba un carnicero que hubo en Rentería muy alegre y devoto, por mejor decir devotísimo adorador del dios Baco. Este individuo, llamado Guillermo, venía todas las noches acompañado de sus amigos después de hacer varias estacionen en diferentes establecimientos vinícolas.

En el escenario aquella noche ensayaban, como decía antes, el quinteto "De vuelta del vivero" y cantaban la letra esta: "Yo por un trozo de rosbiff tomo el Guillermo y el Falstaff..."

Al oír semejante cosa, nuestro hombre se levantó majestuosamente y, con toda la ceremoniosa y cómica indignación que el morapio que llevaba embaulado le consentía, exclamó:

—Señores, les advierto que a Guillermo no le toca nadie.

Y en medio de las risas con que la concurrencia acogió esta salida, se oyó la voz de Piquero (D. José, como le llamábamos) saludísimo andaluz, quien remachó el clavo diciendo con sorna:

—Tiene razón; a Guillermo no hay que tocarle *pa ná*, que bastante "toca" está ya el pobre.

Con esto aumentó la hilaridad y fué necesario convencer al buen hombre que el Guillermo a quien se aludía no era él, sino una ópera rossiniana.

Este D. José como granadino que era, tenía unas ocurrencias celebrísimas. Cierta noche se representaban "Los Aparecidos", zarzuela en que aparece un personaje montado en un pollino. Teníamos al buen asno debajo del escenario esperando que le llegase el momento de salir a escena, cuando en un pasaje interesante de la obra empezó a rebuznar frenéticamente, en medio de las carcajadas del auditorio.

Fué una travesura de D. José, quien por artes diabólicas hizo salir de sus casillas al pacífico cuadrúpedo.

Era Piquero abanderado del Orfeón, y con Faustino Echeverría, insustituible tío Isidro en "Gigantes y Cabezudos" y Cruseolo (esclavo) en "Pudente", eran de los más entusiastas orfeonistas.

Ya fallecidos ambos, pláceme dedicarles este cariñoso recuerdo, así como a Federico Olacéregui, muerto en temprana edad, quien hizo una creación del papel de "caja" en la "Alegria de la huerta".

Encima de la Alhóndiga había una especie de desván destartado, y, allá, previa licencia del Municipio, instalamos el primer salón-teatro que hubo en Rentería, gastándonos previamente un buen puñado de pesetas, ya que ni cielo raso tenía. Se adquirió también un piano, se

hicieron decoraciones, bancos, etc. y el 6 de Enero de 1901 se inauguró el nuevo local.

—¡Hay que trabajar muchachos!, nos dijo Anthón Olanar. Debemos más de 3.000 pesetas y hay que pagarlas.

Como a los socios les gustaba más el teatro que la música, hubo que darles gusto. Dábamos mensualmente una función y teníamos que estrenar en ella una pieza nueva.

Se representaron por aquel entonces "Gigantes y Cabezudos" completa, "El Cabo Pinocho", "Los Puritanos", "La Marcha de Cádiz", "Los Aparecidos", "Las Amapolas", "Los secuestradores", "La Alegria de la huerta", "Los descamisados", "La leyenda del monje", "La Banda de trompetas", "Echar la llave", "A primera sangre" y otras que no retiene mi memoria. También se representaron algunas obras en vascuence.

Pero el mayor éxito teatral fué "Pudente", preciosa ópera vascongada en dos actos, música de Santesteban y letra de S. Baroja. En ella hizo el papel de Fulvia el malogrado amigo Ramón Goyeneche, entonces jovencito, con preciosa voz de contralto.

Porque eso sí. Todas estas obras las hicimos sin mujeres. ¡A cualquiera hora una joven renteriana se prestaba entonces a salir a las tablas! Hoy, en cambio, es cosa corriente lo que entonces era mal visto. ¡Ay amigo Olanar, que cosas hubiéramos hecho de habernos encontrado en la actualidad!

El año 1903 ya bastante desahogados de las obligaciones económicas contraídas, pensamos dedicarnos más a la música coral, y en Septiembre de aquel año efectuamos nuestra primera salida artística a Irún con motivo de un concurso de orfeones en las fiestas éuskas celebradas en aquella villa.

Fuimos el único orfeón que se presentó y obtuvimos en él una palma de plata y 250 ptas. cantando el coro "Yciar" del maestro Oñate. Además nos contrataron para un concierto en el casino de la Amistad que nos valió 500 pesetas. Empezábamos a sonar como Orfeón. El año 1904, por Marzo, fuimos a San Sebastián a cantar los coros de "Pudente" en el Teatro Circo, ya quemado.

Con este motivo hicimos agradables relaciones con valiosos elementos donostiarros que vinieron de vez en cuando a tomar parte en las veladas. Y en cierta ocasión representaron la zarzuela "Marina", interpretada por Gabilondo, tenor; Irazusta, baritono; Rodrigo, bajo, y Amalia Baró, tiple profesional, única mujer que pisó el escenario del Orfeón Renteriano.

Aquel mismo año el insigne baritono renteriano Tabuyo, nos hizo el honor de escribir un "Benedictus" que él cantó en la misa del día de Magdalena, acompañado del Orfeón.

Recuerdo asimismo un himno cantado por el Orfeón en la inauguración de las escuelas Viteri.

La música del himno era del maestro Oñate y la letra del laureado poeta renteriano Juan Ignacio Uranga. Fué cantado este himno en presencia del filántropo don Pedro Viteri que asistió al acto, y que por cierto solicitó su repetición.

El mes de Julio de 1904 nos presentamos en San Sebastián a luchar en un concurso de orfeones con el orfeón de Motrico.

La suerte no nos acompañó en la obra de libre elección que era "Lartaun" del maestro Oñate, pero aún así nos dieron un segundo premio consistente en 250 ptas. y medalla de plata. La obra impuesta era "Los Tziganes" (Ijituak) del maestro francés Laurent de Rillé, una de las más bonitas que se cantaron. Tenía letra en vascuence.

En Septiembre del mismo año se celebró una alegre gira a Fuente-rabia en la que organizamos un concierto en el casino de dicha ciudad a beneficio del Asilo local. Tomó parte en él el notable violinista donostiarra Sr. Alberro, pasando todos un alegre y memorable día feliz.

Seguimos estudiando como siempre, y el mes de Septiembre de 1905 se anunció en Bilbao un gran concurso de bandas y orfeones organizado por aquel Ayuntamiento.

Valientes siempre, nos preparamos concienzudamente, y allá fuimos a pelear con el que se nos pusiera por delante. En nuestro grupo se habían inscrito las masas corales de Guernica y de Baracaldo muy superiores en número a la nuestra. Contaban cada una con setenta u ochenta ejecutantes, mientras que nosotros no éramos más que cuarenta y cinco.

Aún así, en el concurso de pieza de libre elección obtuvimos el primer premio, consistente en una corona de oro y 500 pesetas con la obra "La salida de los Apóstoles" de Laurent de Rillé, que alcanzó por nuestra parte magistral interpretación. Guernica luchó desesperadamente con poderosas influencias en el Jurado para arrebatarnos el premio, pero la justicia se impuso, gracias a la energía del maestro Zubiaurre que presidía el tribunal.

De Saint-Saens era la obra, titulada "Oda de Horacio" y al acabar su interpretación, el público puesto en pié, flameando con frenesi los pañuelos nos aclamó ruidosamente, pidiendo para el orfeón renteriano el primer premio; pero... los manejos de los guerniqueses, apoyados por Allendesalazar paisano suyo y ministro a la sazón, nos dejaron con el segundo premio de 500 pesetas.

Fué aquél certamen indudablemente la página más brillante que en su historia escribió el Orfeón Renteriano.

El pueblo renteriano entusiasmado, nos recibió entusiásticamente



obligándonos a cantar el coro premiado. Noche inolvidable fué aquella. Más tarde, el año 1906, hicimos una gira a Eibar, celebrando un concierto en el frontón Aste-lena con excelente resultado artístico y económico. Cantamos también en el kiosco de la plaza siendo aplaudidísimos por el pueblo eibarrés. Fué la última salida y exhibición de aquella querida masa coral.

De allí a poco, impensadamente, casi sin motivo serio, vino la disolución de tan laureada entidad.

¿Causas? Las de siempre. Cansancio de algunos, tiquis-miquis entre otros, amén de envidias de gentes de pueblo a quien remueve la bilis la prosperidad ajena, dieron al traste con el Orfeón cuando su fama era envidiable, y su estado económico mejor que nunca.

Cumpliendo con los estatutos se entregaron al Asilo de la villa 500 pesetas que existían en caja, además del piano y demás enseres.

Queda hecha la historia de aquél pequeño Orfeón Renteriano, que aunque minúsculo, dió días de gloria a Rentería, y cuya alma fué su director nuestro querido e insustituible don Antonio Olaran, eficazmente secundado por Estanis Samperio, pianista expertísimo en acompañar a "cantantes" improvisados, así como don Juan Valdés, profundo conocedor de la escena, cuyos valiosos consejos tantos triunfos proporcionaron al cuadro teatral. ¿Y dónde dejamos al gran Venancio Vázquez, peluquero, sastre, escenógrafo y sobre todo trabajador infatigable y enemigo acérrimo de la holgazanería?

Y ahora, dos palabras a los jóvenes de ambos sexos que constituyen la Sociedad Artístico Musical:

Tenéis afición, entusiasmo y medios para desenvolveros, así como brios juveniles, factor muy importante para triunfar.

Contáis así mismo con directores entusiastas e infatigables por el divino arte.

Es lógico y natural que con todo esto y con la ayuda del pueblo que seguramente no ha de faltarnos, seáis dignos continuadores de aquel Orfeón Renteriano, pequeño en número pero grande en tesón y entusiasmo, y coloquéis el nombre artístico de la villa a tanta o más altura que entonces alcanzó.

En esta tarea os asiste el cariño y simpatía de aquellos ex-orfeonistas, quienes con bastantes años más que entonces, aunque con algunas ilusiones menos, os contemplan gozosos, recordando al ver vuestro entusiasmo aquéllos tiempos, que como cantan en "La Viejecita", alegres pasaron y no vuelven más.

UN EX-ORFEONISTA

GLORIAS PRETÉRITAS

POR aquél entonces constituía uno de los más legítimos orgullos de nuestra, por tantos conceptos famosa Villa, el laureado "Orfeón Renteriano", que con acierto sin par dirigía su entusiasta fundador, nuestro querido amigo, don Antonio Olaran. No llegarían a cincuenta los ejecutantes que componían aquella excelente masa coral, pero era tal el poder de su mágica batuta directora que no halló obra, por difícil que se reputara, en la que no lograra su más bella y justa interpretación.

Además, y formado por los mismos elementos, contaba el Orfeón con un magnífico Cuadro cómico-lírico-dramático, cuyo dominio de la escena traspasó los límites de lo corriente. La enumeración de algunas obras de su extenso y variado repertorio, que empezando en la Ópera terminaba con el hilarante juguete cómico, podría esbozar una idea, si quiera sea pálida, que corroborase nuestra rotunda afirmación. Y no se vaya a suponer que éste se debía a la natural simpatía localista que siempre acompañó a los artistas; no. Las funciones se veían casi siempre honradas por bastantes admiradores de fuera de la localidad, que no se recataban en sus juicios laudatorios para encomiar la meritoria labor de aquellos entusiastas aficionados, casi todos obreros manuales, que consiguieron elevar su nivel cultural y el de la Villa a una altura que causaba, y con justicia, la admiración de propios y extraños.

La Sociedad estaba integrada exclusivamente por los orfeonistas, los cuales, además de su prestación, contribuían con una cuota mínima mensual de una peseta. Con estos ingresos y con la aportación, también mensual, de los protectores, a cambio de la invitación familiar para cada velada, cubría su presupuesto de gastos. Llegó un momento en que para dar la debida comodidad al crecido número de admiradores, hubo de procederse a la habilitación de local decoroso y capaz.

Las obras llevadas a cabo para la consecución de este fin sobre la Alhóndiga comprometieron al Orfeón en algunos miles de pesetas, y, como dato curioso que demuestra el alto grado de disciplina moral que unía a tan ínclitos como nobles varones, con el insustituible Olaran a la cabeza, recordaremos que todos ellos suscribieron un documento comprometiéndose a pertenecer a la Sociedad en tanto que esta lucía frente y cubría todas sus obligaciones. No hubo un solo desertor, y a que todos hicieron honor a su firma.

No pararon aquí sus actividades, pues con un desinterés sin límites coadyuvó al esplendor y solemnidad de las fiestas patronales ofreciendo al vecindario magníficos conciertos y fantásticas retretas, cuya inusitada brillantez solía ser cumplidamente elogiada por grandes y chicos que se extasiaban en la contemplación de aquellos festejos, tan espléndidos y vistosos como bien organizados.

¡Qué tiempos aquellos...! ¡Cómo los añoramos en esta época de "cines", "goals" y "penaltys"...

CRUZ. LOS SANTOS

OTRO RECUERDO

LOS precedentes artículos, que he tenido el gusto de leer antes de ser publicados, me han sugerido la idea de completar el recuerdo al pasado con la breve relación del último espectáculo teatral que se celebró en el Salón-teatro instalado encima de la Alhóndiga.

El que suscribe quiere hacer referencia a un modestísimo acto pseudo-artístico que tuvo lugar en 1914; y se permite sacarlo a colación por la circunstancia ya enunciada de haber sido la última función teatral celebrada en el local de la Alhóndiga.

A nuestra Academia particular de enseñanza, instalada en la calle de Santa Clara, acudían en el año mencionado más de cincuenta alumnos que alegraron aquellos lugares con la estridencia de sus gritos, la vibración de sus risas y el bullicio de sus juegos.

Viniendo al punto concreto de la función teatral diré que me ha parecido siempre una distracción amena e instructiva la de que los alumnos se ejerciten en representar comedias.

Huyendo, como de un peligro cierto, de algunas producciones nos acogimos al maestro don Jacinto Benavente y pusimos en ensayo dos obras suyas: "De cerca" y "A ver qué hace un hombre".

Recuerdo con verdadera complacencia cómo los alumnos encargados de la representación, se sujetaron a la tarea de los ensayos que se verificaban después de la clase de la tarde.

La delicada comedia "De cerca" fué interpretada con fidelidad y artístico acierto; no hubo un solo error ni equivocación; ni esas omisiones o cortes tan frecuentes en funciones de aficionados. Otro tanto puede decirse del pasillo cómico "A ver qué hace un hombre" que provocó la sana risa del auditorio.

Unamos, por última vez quizá, nuestros recuerdos en estos anales de la ínclita y trabajadora Rentería. Quiero con esta ocasión daros un abrazo a cada uno, y a todos los que honraron mi Academia con su asistencia y con su buena conducta.

MARIANO M. MEDIANO

EL NUEVO ORFEÓN RENTERIANO

NUESTROS lectores recordarán que no ha mucho tiempo apareció en los periódicos de San Sebastián un llamamiento a los amigos del Arte que suscribían honorables personas de esta villa.

El escrito de referencia, redactado con suma discreción, solicitaba el concurso de cuantos fueran amantes de la música y al no exigir otra filiación ni requisito, claro es que la convocatoria no podría tener más amplitud.

Con fecha 10 de marzo de 1924 quedó organizada la masa coral figurando en las listas de inscripción 123 orfeonistas, bajo la dirección musical de don Bernardo Aurquía, y ostentando la presidencia de dicha agrupación don Faustino Zabaleta.

Con respecto a los futuros propósitos nos manifiesta el ilustrado director señor Aurquía, que se incuban proyectos grandiosos, que se realizarán siempre que no decaiga el entusiasmo y la necesaria disciplina artística.

El director nos expresa su confianza en el afianzamiento y consolidación de la obra emprendida.

¡Vengan a engrosar nuestras filas numerosos socios, pero que sean entusiastas, constantes, buenos amigos...! Tendrán un rato de esparcimiento, procurarán por el buen nombre artístico de Rentería y se evitarán gastos y quebrantos de orden físico que suelen ser secuela de otras diversiones de la juventud!

Un grupo de orfeonistas forma la orquesta que interpreta durante los intermedios escogidas obras musicales y otro grupo, se encarga del decorado y atrezzo.

Los que tengan oído, y sobre todo oído musical, que oigan: se los exhorta a que buscando su propio deleite contribuyan a edificar su casa, la casa de todos, el pueblo, la villa querida.

UN ENTUSIASTA DEL ARTE

